

la insularidad de sandburg

ALBERTO BLASI BRAMBILLA •

CON la desaparición del poeta Carl Sandburg (o "Sand Burg", según fue registrado al nacer, en 1878) se produce otra etapa de silencio sobre las letras norteamericanas.

Toda la poética de Sandburg recoge dos vocaciones constantes: el civismo y la insularidad. En sus poemas a los suburbios de Chicago, en medio de los tenebrosos espectros de sus moradores, Sandburg desliza el peso de la miseria humana pero con intención redentiva. ("Chicago Poems").

Su garganta, golpeada de vaticinio y rebeldía (como en el caso de Hughes, Withman y Frost) contuvo cierta forma romántica, sin impedirle por eso vivir su propio tiempo y espacio.

Rasgo paradójico: su insularidad (por temperamento y adopción) entra en consonancia con su participación activa en la sociedad, sin que ninguna de ambas actitudes se desmerezca.

Carl Sandburg, testigo de su tiempo, poeta de experiencias fundamentales, permanecerá por esa reciedumbre intelectual de mirar la vida con los ojos abiertos, aunque duelan. El mismo lo dijo alguna vez: *"El Universo es un modo de contemplación. Contemplación es un modo de sociedad"*.

REALIDAD, PAPELES Y EPICENTROS CULTURALES

Fernández Moreno ha elegido, para conducir su obra *"La Realidad y los Papeles"* (edit. Aguilar), la de siete grandes poetas argentinos: su padre, Leopoldo

Lugones, Macedonio Fernández, Enrique Banchs, Jorge Luis Borges, Alfonsina Storni y Ezequiel Martínez Estrada. A través de ellos va realizando su análisis de profundidad, con sentido resurreccional de presencias esenciales.

Todo el libro tiende a demostrar la existencia de epicentros culturales entre nosotros, de los cuales la literatura viene a ser algo así como un ejemplar, una forma de decir lo necesario, de concretar la teoría.

Esta idea de los epicentros culturales no se expone así en el libro, pero se desprende de su contexto. Con excepción de lo dicho en las primeras páginas, que establecen las corrientes carismáticas de donde proviene la literatura argentina. Esa posición recién se evidencia, puesto que desde la aparición de las carabelas en el horizonte americano, todo lo cultural ha sido una constante interacción de grandes grupos de cultura; y en especial dentro de la literatura.

César Fernández Moreno establece, además, las unidades que unen los diversos estratos en los que se formuló el hecho literario. Como si la presencia generacional, sin ser negada en absoluto, se mancomunase en una presencia mucho mayor, que es la vinculación temática, y las preocupaciones comunes para grandes sectores de escritores y lectores.

Con algunas reiteraciones (de todos modos es ponderable el haber realizado un trabajo a la vez analítico y sintético) *"La Realidad y los Papeles"* se constituye en un intento de inteligente respuesta para quienes preguntan: *"¿Quiénes somos?"* ♦

ción se provocó deliberadamente con vistas a lograr una distribución de ingresos que beneficiase a la masa obrera recientemente incorporada a la producción industrial.

Mientras el sector que pagó la inflación pudo absorber el impacto, el problema no se percibió en toda su magnitud. La demagogia de hacer aparecer la inflación como un medio de transferir de los rentistas a la clase obrera una determinada porción del ingreso nacional, ayudó a que no se diese mucha importancia al mal.

Pero como la inflación es un mal que cuesta extirpar, las cosas no pararon allí.

Efectivamente, se fueron creando los anticuerpos para la inflación y cada sector, cada grupo y cada individuo quiso esta protegido, si fuese posible por anticipado, de los efectos nocivos de la inflación.

De este modo se llega a constatar que el modo de vida de los argentinos se va acomodando a una especie de lucha por no perder posiciones y no resultar el pagador de la inflación.

Además, a partir del año 1951, se pensaron en diversos modos de conjurar el problema. Independientemente de las posibilidades técnicas que cada solución pudo tener, todos los programas fracasaron en primer lugar porque ningún grupo quiso ceder al peligro de ser el primero en sufrir los efectos de las medidas contra la inflación. Pero en muchos casos, porque las soluciones no estaban de acuerdo con la cambiante realidad económica del país.

Pero es indudable que a partir del fenómeno peronista ningún gobierno quiso o supo asumir la responsabilidad de po-

ner un verdadero freno a la inflación, tal vez porque ninguno de los gobiernos que hubo escapó a los planteos de los diversos grupos interesados en mantener la posición lograda o en no arriesgar nada para salir de la inflación.

De este modo, lo que cronológicamente empezó por un aumento de la capacidad de demanda y un aumento notable de la cantidad de consumidores sin la correspondiente adaptación de la oferta—fenómeno típico de la época peronista— se transforma en un proceso de inflación crónica que ya no se explica por el solo desequilibrio de oferta y demanda.

Las experiencias posteriores, especialmente la aplicación de medidas restrictivas de la segunda administración económica del Ing. Alsogaray, muestran que nuestra afirmación es acertada. En efecto, en la época de mayor restricción monetaria, con atraso de hasta cinco meses en el pago de sueldos y suspensión de pagos de obligaciones por parte del Estado y sus empresas, el aumento de los precios siguió invariable llegándose a una inflación inexplicable, denominada "inflación sin dinero", elevada tasa de desocupación y un porcentaje de inactividad del capital de más del 40 % de la capacidad productiva de la industria instalada.

No es extraño, pues, que frente a las distintas soluciones preconizadas y ante algunos intentos fallidos, los argentinos estén en este momento en una búsqueda de soluciones. Pero como en tantos otros campos no hay unanimidad en las medidas económicas que deberían tomarse. Esto podría ser, tal vez, la explicación de por qué el poder político se haya encontrado incapaz de optar por una determinada solución y aplicarla con decisión. El mismo hecho de que tantos ministros

de conomía hayan sucumbido en pocos meses con una gestión apenas comenzada, nos dice de que la realidad teórica en que nos movemos es ciertamente muy compleja. Por eso vale la pena intentar una clasificación de las teorías y del comportamiento económico de los argentinos antes de buscar soluciones para nuestra inflación.

LAS CAUSAS DE LA INFLACION

Es indudable que una de las cuasas de nuestra inflación la constituye el cuantioso déficit de las empresas estatales. No se trata de sostener que el déficit en sí mismo sea causa de toda la inflación, ni mucho menos. Probablemente en muchos casos las empresas estatales tendrán que tener déficit si con ello se logra la promoción de zonas subdesarrolladas del país o si con ese déficit se logra una mejor distribución de los ingresos.

Pero las tres grandes empresas que el Estado sostiene hoy con cuantiosos déficit no llegan a servir a la promoción de las zonas del país que lo necesitan. Por el contrario, gravitan negativamente en todo el conjunto. Y la principal es la empresa de ferrocarriles, aunque le siguen Yacimientos Petrolíferos y la Empresa Nacional de Comunicaciones. En todas es evidente la disparidad entre el déficit y la prestación que hacen a la comunidad. Se podría tolerar cierto déficit a condición de que prestasen servicios eficientes. Algunos teóricos sostienen que no es sano desear descartar el déficit de las empresas estatales en razón de que ellas promueven regiones pobres del país y sirven a la comunidad. Pero es evidente que ello no se realiza eficientemente en nuestro caso.

Con todo, no creemos que el déficit en sí mismo sea para alarmar, ya que es cierto que hay numerosas naciones que prevén un déficit inmensamente mayor que el nuestro y no por eso su economía está en crisis. Pero esos déficit están financiando una expansión y una vitalidad económica que no tiene precedentes. Tal es el caso de Alemania Occidental, donde el déficit previsto para el año 1970 alcanzaría a los 20.000 millones de marcos, o sea seis veces más que el déficit de nuestro presupuesto, aunque la economía alemana es más saludable que la nuestra. Si nuestro déficit sirviera para una expansión económica el problema no sería tan grave. Pero al servir solamente para encubrir una subocupación, restando capacidad financiera a muchos otros sectores, provoca un problema casi insoluble que lleva a una muerte lenta pero inexorable.

Sin embargo, en muchos casos las soluciones que se pretenden no son las adecuadas. Reducir el déficit sin atacar las causas —en el caso de los ferrocarriles una de las principales es la inadecuación de tarifas por motivos políticos— y sin tratar de promover la actividad de las empresas deficitarias, no llevaría sino a agravar el problema.

LOS SALARIOS

Se adjudica a los salarios en constante aumento, sin relación con la productividad, una de las causas principales de la inflación.

Sostenemos que calificar así a nuestra inflación es, en este momento, o sectario o simplista. Por ninguno de esos caminos se llega a la buena solución.

Reconocemos que hay sectores que gozan de mayores salarios que los que corresponden por sus prestaciones. Reconocemos que una de las causas iniciales de la inflación consistió en una política salarial inadecuada. Pero en este momento el deterioro de los salarios reales es reconocido por quien quiera tomarse el trabajo de comparar índices.

Podemos afirmar, sin ningún temor, que los precios se adelantan a toda previsión de elevación de salarios. Dentro del período en que rige un nuevo convenio laboral con el consiguiente aumento de salarios, ya los salarios están por debajo de los aumentos de precios que se anticiparon al convenio.

Tanto el intermediario como el minorista tratan de defenderse por anticipado de las alzas de precios y del aumento de los costos de reposición. Esto es legítimo en la medida en que responda realmente a la elevación de costos. Pero no es legítimo en la medida en que se anticipa tanto a la posible elevación de costos que es causa de un futuro aumento de salarios.

De cualquier modo hay un traslado de ingresos del sector asalariado al no asalariado, característico de los últimos dos lustros y que significó respuesta al anterior traslado de ingresos al sector laboral.

Es decir, que la misma política errada de la época peronista de crear la ilusión de una mejora por la simple transferencia de ingresos, sin crear una mayor cantidad de bienes, se aplica ahora en contra del sector laboral.

Sin embargo, no queremos afirmar que no sea necesario pensar en una mejor manera de distribuir el ingreso, ya que de ello puede resultar el aumento de la capacidad adquisitiva necesario para que la mayor producción de bienes pueda en-

contrar mercado y no derivar en una crisis de superproducción artificialmente creada por la disminución del poder adquisitivo del gran público consumidor.

Por lo tanto, no se debe buscar con simplicidad la causa de la inflación en los aumentos salariales que, en las condiciones sociales del mundo de hoy, necesariamente deben adecuarse a los aumentos de precios.

Además, insistimos en esto una vez más, la solución de la crisis actual argentina de ningún modo se puede buscar por medio de una disminución de los salarios reales.

No solamente sería querer condenar al país al estancamiento, sino que iría contra todas las enseñanzas de los países que marchan a la vanguardia del progreso.

La dificultad de la formación de capital no estriba en los salarios elevados y, por lo tanto, la solución de disminuir los salarios no contribuye a la formación del ahorro. Salario y ahorro están estrechamente unidos. Pero la formación del capital ya no será del mismo tipo que en la sociedad de antaño, sino que los grandes capitales tienden a ser cada vez más comunitarios, grandes masas de pequeños ahorristas que pueden ahorrar porque su salario se lo permite.

La ventaja del pequeño ahorrista estriba en que difícilmente el pequeño ahorrista saque su capital del país. En cambio las grandes fortunas individuales pueden hacerlo de modo de poner en peligro la estabilidad económica de una nación.

LA TASA DE INTERES

Otro de los problemas que debe resolver el país es el de la alta tasa de interés. O sea que el dinero es caro. Además, la

tasa de interés oficial no refleja ni el índice de desvalorización por la inflación, ni las tasas que realmente se pagan.

El dinero es escaso debido a que el Estado debe hacer uso de una gran cantidad de dinero para enjugar su déficit y el de sus empresas. También es escaso porque la tasa de efectivo mínimo impuesta para los depósitos bancarios es una de las más absurdas del mundo ya que supera el 50 por ciento. Una economía dinámica y un porcentaje tan alto. La reducción debiera ser drástica para que el sistema crediticio sirviera a las necesidades de la economía.

Pero muchos indicios nos hacen pensar que el trastrueque operado en nuestro país llega al absurdo de que la economía está al servicio del dinero y no al revés.

Por eso mismo ya no resulta mejor ocuparse de un oficio productivo, sino dedicarse a algún tipo de especulación que permita hacerse rico en poco tiempo o al menos hacer frente con éxito a la inflación.

El mal consiste en que los elevados intereses del dinero y el sin fin de cauciones con que se protegen las operaciones de préstamo, se han convertido en aliadas de la inflación.

Hace cuatro años hubo un intento de atraer al sistema bancario una masa monetaria mayor. Para ello se pensó en aumentar la tasa de interés, que pasó así del 10 al 15 %, al menos, oficialmente. El resultado fue que el mercado extrabancario que ya funcionaba a un interés del 25 al 30 %, se elevó proporcionalmente.

La persistencia de una tasa de interés elevada en el circuito extrabancario hizo

que los bancos oficiales y privados inventaran toda una serie de maneras de elevar la propia tasa de interés. Así en muchos bancos la comisión que se debe pagar en efectivo a los empleados que intervienen o dan su conformidad al préstamo supera el 10 % del monto total del crédito. Además, aunque los documentos se firman por una determinada cantidad, la suma real de que puede disponer el deudor es un 25 % ó un 30 % inferior a la que figura en los documentos y sobre la cual paga interés.

De este modo llegamos a intereses que, aunque nominalmente son al 15 % más un 3 % de sellado, se estiran de mil maneras hasta superar el 30 ó el 40 %. Es natural que el mercado extrabancario supere esos límites y así no es difícil llegar hasta el 60 % y más de interés por préstamos a corto plazo.

O sea que ya no se fija un interés que supere levemente la previsión de desvalorización por la inflación, sino que se pretende un alto interés real.

CONSECUENCIAS

La consecuencia de esta modalidad del mercado de dinero es que actúa como impulsor de inflación, ya que no estamos ante una inflación de tipo meramente monetario, sino ante una inflación de costos.

Una encuesta personalmente realizada entre distintas empresas dedicadas a la construcción de viviendas y construcción de pavimentos y caminos, me permite afirmar que actualmente los costos de financiación superan el 60 % del costo total de una obra, siempre que se consiga pagar al interés más bajo de plaza; pero

muchas empresas ya han comenzado a calcular el costo de financiación en un 100 % sobre el costo total de los factores y materiales que entran en la obra.

Muchas empresas, además, al prever los mayores costos que generalmente se han hecho comunes en toda obra cuya construcción puede demandar un tiempo largo por contrato sujeto a reajuste por mayores costos, prefieren alargar lo más posible la duración de la obra, para así acogerse a la cláusula de mayores costos. De modo que una cláusula que originariamente debía servir para compensar realmente los mayores costos, se usa para alargar lo más posible la terminación de las obras y así aumentar el índice de ganancia.

Las empresas o bancos dedicados a la financiación de viviendas llegan a índices totalmente inflacionarios. En efecto, el metro cuadrado de construcción, se puede triplicar o más en virtud de la financiación. Pero como la mayor parte de las transacciones se realizan en base a los precios de venta de la mayor parte de los inmuebles, incluso los que no llegan a tener un gran costo financiero y se compran o venden al contado, alcanzan valores que superan en mucho los coeficientes normales de la inflación.

Esto plantea, pues, el problema pavoroso de que la escasez de dinero, lejos de ser un factor de disminución de la inflación —falsamente atribuida a meros factores de oferta y demanda de bienes— actúa como causa importante de la inflación.

Sin embargo, este aspecto del problema no es valorado así por todos los grupos ni por todos los expertos. Algunos sostienen que el dinero, como cualquier otra mercancía, debe dejarse librado a

la acción de la oferta y la demanda. Si el dinero es escaso, un alto interés hará que la demanda se mantenga en sus justos límites. Si el dinero abunda, la tasa de interés bajará.

Muchos sostenedores de un control de precios y muchos otros controles, se pronuncian por una liberación de la tasa de interés.

Indudablemente que en la situación actual, quien puede conseguir un crédito a una tasa real del 15 %, es beneficiado por la sociedad que paga el interés restante de la inflación.

EQUIDAD Y RIESGOS

Pero la solución no está en dejar que la tasa de interés aumente. En primer lugar porque no es equitativo que solamente los que presten dinero estén cubiertos totalmente de la inflación y además ganen un interés elevado, sin arriesgar prácticamente nada, pues ni son empresarios, ni se asocian a la empresa. Además, el riesgo del préstamo, como dijimos, se rodea de tantas cautelas y avales que el ser prestamista es lo más seguro y rentable.

Esto al mismo tiempo desalienta la inversión, la compra de títulos y acciones, puesto que en este caso realmente se participa de la suerte de la empresa, se llega a formar parte de un capital que al fin de cuentas es un factor de producción.

El no entender la diferencia entre el préstamo a interés y el capital propiamente dicho, lleva indudablemente a un callejón sin salida. La inflación no tiene remedio. Seguiremos condenados a una mera lucha de sobrevivencia sin poder mirar al futuro con confianza. Solamente la especulación lleva las de ganar. El desaliento para todo lo que representa un

esfuerzo, un ahorro, una colaboración con miras al futuro, se hace cada vez mayor y así no es posible construir un sistema económico que permita el mayor desarrollo productivo.

En favor del aumento de la tasa de interés están indudablemente los bancos. Las razones que se esgrimen son las de los aumentos de costos —debidos a los aumentos salariales— y al escaso volumen de operaciones —depósitos y créditos— del cual deben sacarse las utilidades del ejercicio y los costos de la gestión bancaria.

Pero esto no se arregla con el aumento del interés. Por más que parezca paradójico, las reglas del mercado no se pueden cumplir matemáticamente cuando hay intereses creados en mantener ganancias enormes. La elevación de la tasa de interés oficial llevará al aumento de la tasa de interés en el mercado extrabancario. Ni hay forma ni recurso legal que sea capaz de impedirlo.

Sin embargo, este examen del problema no nos dice nada de una solución, ni mucho menos de una solución fácil.

LAS VIAS DE SOLUCION

No haremos más que indicar las vías de solución. Habrá que profundizar su estudio. Porque no se trata de soluciones de manuales, ni soluciones copiadas, ni soluciones que tuvieron éxito en otras latitudes o en otros tiempos.

Hace falta encontrar nuestra solución. Una solución que se adapte al ser argentino.

En primer lugar, hace falta un estudio conciente de la cantidad de moneda que le hace falta a la economía argentina de hoy. Un estudio somero parecería hacer

notar la falta de unos 150.000 millones de pesos para la actividad privada. Esta deficiencia proviene de lo que el déficit estatal absorbe para sí, y del elevado índice de encaje legal o efectivo mínimo impuesto a los bancos.

Otra medida complementaria es la del establecimiento de una nueva unidad monetaria que provea por una parte a la contabilización y ubicación del circulante del país y del extranjero, de modo de tener las cuentas claras y de quién es quién en cuanto a dinero se refiere. Un breve lapso de encaje o depósito para el canje de la nueva unidad monetaria que se adopte, servirá para activar la apertura de cuentas bancarias, de modo que el "dinero negro" ingrese a la actividad económica y financiera sana del país.

Una vez establecida la proporción de estas medidas, se debe ubicar en su justo término la tasa de interés, de modo que no signifique una defensa unilateral contra la inflación y al mismo tiempo permita canalizar los ahorros a inversiones productivas o a asociarse a la suerte de las empresas.

Esta inyección a la actividad económica debería hacerse por medio de obras públicas que tengan un gran efecto distributivo y multiplicador. Obras como el dique Chocón-Cerros Colorados, la concreción de grandes carreteras o autopistas, podrían servir para devolver a la economía el flúido que necesita.

Simultáneamente se deben actualizar las tarifas de todos los servicios públicos y de las empresas estatales, de modo que si no es en los casos en que se desea una justa promoción zonal o regional, o una colaboración a la mejor distribución de la renta nacional, las tarifas deben responder a costos racionales. Esto supone

la racionalización simultánea de todas las empresas y de los servicios públicos.

Al mismo tiempo se deben establecer criterios y normas claras sobre política crediticia de modo que el dinero llegue a bajo costo a aquellas actividades y empresas que realmente promuevan la actividad económica que el país necesita. Actualmente se da el absurdo de que el país contrae deudas enormes para financiar, con créditos externos, a empresas extranjeras que se agrandan a expensas del país y se niegan créditos a empresas nacionales. No se promueve una verdadera radiación de capitales. O sea capitales cuyo producido se reinvierta en el país. Es cierto que ha pasado la época en que junto con los capitales emigraban las personas y por lo tanto se hacía una doble radiación, de personas y de capital; pero hay que tratar de que al menos no se formen capitales extranjeros a expensas de nuestro propio esfuerzo.

Por lo tanto hará falta establecer las leyes que junto con el respeto a los justos derechos de los inversores extranjeros, establezca el conjunto de obligaciones de los mismos y los ayuden a insertarse de un modo más pleno a la vida económica de la nación.

Como consecuencia de todas estas medidas hay que adoptar una política cambiaria. De una vez por todas hay que terminar con la "guerra" entre exportadores e importadores, entre industria y agro, que sólo lleva a lograr una transitoria transferencia revanchista de sector a sector por un lapso breve que algunos han señalado como períodos trienales.

Un sistema cambiario estable debe partir de la premisa de un estudio de costos reales de país a país, a fin de que la partida cambiaria refleje realmente la pa-

ridad de poder de compra de la unidad monetaria de cada país. Actualmente el problema se simplifica porque la referencia es solamente peso (o la nueva unidad que se adopte) y el dólar americano.

Desde el punto de vista humano hace falta estimular una doble concepción de la empresa: la empresa como servicio a la comunidad buscando una justa retribución para los factores productivos y la empresa como lugar de colaboración entre factores cuya primacía la detenta el trabajo por ser algo inherente a la persona (1). De este modo se supera una concepción materialista de la empresa o la mera finalidad lucrativa ajena a la realidad psíquica del mundo de hoy (2).

Tal vez hace falta restaurar la idea de que el cumplimiento de normas morales y humanas, el deseo de una mayor promoción de todos los sectores de la comunidad, la obediencia de los designios de Dios sobre el hombre, lejos de impedir el progreso, es la condición necesaria para lograrlo.

No en vano los países más desarrollados han adoptado una conducta más humana y más moral, aunque a veces esos mismos países no la observen con las economías colonizadas.

Estas normas morales cuyo cumplimen-

(1) Conc. Vat. II, Const. sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 67: "El trabajo humano que se ejerce en la producción, en el comercio y en los servicios, es muy superior a los restantes elementos de la vida económica, pues estos últimos no tienen otro papel que el de instrumentos".

(2) Ib., n. 64: "La finalidad fundamental de la producción no es el mero incremento de productos, ni el beneficio mayor, ni el poder, sino el servicio del hombre, del hombre integral, teniendo en cuenta sus necesidades materiales y sus aspiraciones intelectuales, morales, espirituales y religiosas; de todo hombre —decimos—, de todo grupo de hombres, sin distinción de raza o de continente".

Del CIAS, N° 157-66

to es urgente a la sociedad económica, no es menos urgente a la sociedad profesional.

Partir de la premisa de que toda asociación patronal es moral y sana y de que toda sociedad obrera es inmoral y nociva al país, es un mal punto de partida; lo mismo sería a la inversa. El Estado debe buscar el equilibrio en sus propias posiciones, reconociendo que muchos males de sus propias empresas, son males de empresas y no males del personal subalterno.

En cuanto a la politización de la vida sindical el mal se perpetuaría si se quisiese continuar con los métodos que llevaron a olvidar la función primordial del sindicato. Esto no significa desconocer que esa politización se debió en gran parte al desconocimiento de los derechos sindicales que para ser reconocidos tuvieron que entrar en las lides políticas, tal vez como un preludio de una democracia que contemple las verdaderas funciones que las profesiones desempeñan en la comunidad política. ♦